

Conclusión.

La Epifanía, como las demás fiestas de Nuestro Señor, es parte integrante de nuestra vida espiritual. El tiempo de Epifanía se realiza en nosotros por las variadas luces que Dios, por su gracia, nos va dando sobre Nuestro Señor. Aprendemos así a conocerlo, a amarlo y a servirlo, como lo hicieron la Santísima Virgen, San José, los pastores, los reyes Magos, el anciano Simeón, y tantos otros que lograron vivir en intimidad con nuestro Redentor. Pidamos a Nuestro Señor Jesucristo la gracia de ser dóciles a las gracias que nos dispensa en este sagrado tiempo.

Respondamos, pues, con generosidad a un Dios que tan suave y misericordiosamente ha venido a buscarnos. ¿Qué puede ofrecernos el mundo que sea comparable a lo que nos ofrece Nuestro Señor? Y, sin embargo, ¿por qué el mundo encuentra tanta respuesta nuestra, y tan poca Nuestro Señor? ¡Ah!, es que no lo amamos lo bastante, no reconocemos suficientemente los bienes que nos ha venido a traer, no nos paramos a pensar en ellos.

Por eso, pidámosle también la gracia de apreciar sumamente la gracia divina que El viene a traernos, y que le exigirá derramar, en el tiempo de Pasión, toda su sangre, no ya sólo para lavar a su Iglesia con las aguas del Jordán, sino para santificarla y purificarla en su propia sangre.

**El demonio está preparando la batalla decisiva
contra Nuestra Señora. Lo que más aflige
su Inmaculado Corazón y el de Jesús,
es la caída de las almas religiosas y sacerdotales, que,
abandonando su excelsa vocación,
arrastran muchas almas al Infierno...**

Tenemos a nuestra disposición
dos medios eficacísimos: oración y sacrificio.

**El demonio quiere apoderarse
de las almas consagradas, intenta corromperlas
para inducir a otras a la impenitencia final.**

Usa de todas las astucias
para introducir el mundo en la vida religiosa;
**de aquí viene la esterilidad de la vida interior,
y la frialdad de los fieles en renunciar a los placeres
y en practicar el espíritu de inmolación.**

(Sor Lucía al Padre Fuentes)

Las tres manifestaciones milagrosas de Nuestro Señor Jesucristo

*Hoy la Iglesia se unió a su Esposo celestial,
porque en el Jordán Cristo lavó los crímenes de ella;
los Magos corren con presentes a las bodas reales,
y los comensales se alegran con el agua convertida en vino,
aleluya.*

La Iglesia, en su liturgia de la Epifanía, ha asociado siempre tres hechos, que tanto la antífona de Laudes como la antífona y el himno de Vísperas de la fiesta de la Epifanía tienen a bien resaltar, a saber, la venida de los Magos, el bautismo de Cristo en el Jordán (que es fiesta en la octava de la Epifanía), y el primer milagro en Caná de Galilea. Y es porque, en todos ellos, reconoce la manifestación (*epifanía*) de Nuestro Señor Jesucristo, como Hijo de Dios, y como nuestro Salvador y Redentor. Expliquemos, pues, el vínculo que une a estos tres hechos, ya que no es casual ni fortuita la asociación que hace la Iglesia.

Pero ante todo indiquemos la gracia propia del tiempo de Epifanía. En el tiempo de la Navidad celebramos la unión misteriosa y sobrenatural del Hijo de Dios, del Verbo eterno, con una naturaleza humana, a la que asumió en unidad de persona. En la Epifanía celebramos más bien la manifestación de ese mismo Verbo de Dios, a través de la naturaleza humana que se dignó asumir, como Hijo de Dios y Redentor de la Humanidad pecadora. Desde esta naturaleza humana del Verbo de Dios, la gracia de la que El es depositario como cabeza, comienza a santificar a la humanidad pecadora; pero lo hace en un orden admirable, previsto por la sabiduría de Dios.

- El primer llamado a las bodas del Cordero es el pueblo judío: y eso es lo que se manifiesta en el primer hecho, el bautismo de Nuestro Señor en el Jordán.
- Luego es llamado también el pueblo gentilico, cuyas primicias encontramos en los Magos, que acuden presurosos a las bodas, con sus presentes.
- Finalmente, vemos cuál es el efecto de esta unión misteriosa de Cristo con su propia humanidad y, a través de ella, con todas las almas dóciles: la transformación en Dios por la gracia, manifestada por el milagro del agua convertida en vino.

1º Bautismo de Cristo en el Jordán.

Puede parecer un tanto arbitrario el hecho de que veamos en el bautismo de Cristo en el Jordán el llamamiento del pueblo judío a la fe. Este llamamiento, ¿no se hizo en la persona de los pastores, y de los hombres fieles de Israel, tales como Simeón, la profetisa Ana, y otros? Sí, pero entonces todo ese llamamiento quedó oculto, escondido, sin manifestarse externamente; mientras que la fiesta de la Epifanía pretende resaltar el carácter de manifestación pública al pueblo judío. Por eso, éste es el primer hecho que menciona la antifona que quedó citada al principio.

Nuestro Señor debía aparecer públicamente como el Mesías prometido a Israel. Por eso, El mismo se reservó celosamente para este pueblo, sin permitirse buscar otras ovejas que las que habían perecido de la casa de Israel. Tan es así, que quiso reservar al pueblo judío una manifestación más patente, contando incluso con la persona del Precursor, que lo señalase ante todo su pueblo como el Cordero de Dios, como el Salvador prometido.

Así, pues, en el bautismo en el Jordán, Cristo fue manifestado ante todo el pueblo judío como su Mesías. Es su unción pública, por así decir. La unción secreta de Cristo como Mesías tuvo lugar en el seno de la Santísima Virgen, y era nada menos que la unión hipostática, por la que la divinidad ungió, consagraba y dedicaba al solo servicio de Dios la humanidad con la que se unía en la encarnación. Pero esta unción nadie la conoció, nadie la vio. Era menester, por lo tanto, una unción pública, manifiesta, externa, y ésta es la que tuvo lugar en el Jordán.

En el momento mismo de entrar Jesús en las aguas, y de ser bautizado por San Juan Bautista: se abrió el cielo; se escuchó la voz del Padre, que declaró que ése era su Hijo muy amado, en quien ponía todas sus complacencias; se hizo presente la persona del Espíritu Santo bajo la forma de paloma; y el Verbo apareció como el Mesías prometido por Dios a Israel.

Al mismo tiempo se manifiesta, claro está, todo el poder santificador de la gracia. El agua quedó santificada para convertirse en la materia del sacramento del bautismo, y se declararon asimismo los efectos de este sacramento: el cielo abierto de nuevo para la humanidad pecadora, la falta expiada por el Cordero de Dios, que carga con ella, y la Santísima Trinidad, complacida en las almas así regeneradas.

2º Venida de los Magos desde Oriente.

Por desgracia, el pueblo judío no sería fiel, en su integridad, a la gracia que lo había tenido a él por primer destinatario. Decimos primer destinatario, pero no exclusivo. El pueblo judío no era un propietario de las promesas, sino sólo un depositario de las mismas; ya que, en la mente divina, el destinatario de ese tesoro no era sólo el pueblo judío, sino también el pueblo gentilicio.

Los Magos, como representantes de este pueblo, acudieron presurosos a la invitación de bodas, que los judíos rechazaron, y acudieron con presentes: oro, incienso y mirra, que significan los tres títulos que reconocían en Cristo, y que los judíos se negaron a aceptar:

- *Lo adoran como **Dios** (incienso); mientras que los judíos lo condenaron por haberse hecho Dios.*
- *Lo reconocen como **Rey** (oro); mientras que los judíos proclamaron no tener más rey que a César.*
- *Lo proclaman como **Redentor** en carne mortal (mirra); mientras que los judíos se escandalizaron de la muerte de Cristo, como si fuera la prueba de su embaucamiento.*

Sin embargo, no quedaron los judíos definitivamente excluidos de la salvación mesiánica, sino que un día, al final de los tiempos, se convertirán del mismo modo que apostataron de Cristo, esto es, como pueblo. Eso es lo que anuncian los mismos Magos, que llegan a Jerusalén buscando al *Rey de los Judíos* recién nacido. Eso mismo es lo que proclamó el anciano Simeón en su himno: «*Luz para revelación de las naciones, y gloria de tu pueblo de Israel*»: Jesucristo será primero la luz que se revelará a los gentiles, para volver a ser luego, al fin de los tiempos, la gloria de su pueblo de Israel. Y ese mismo título es el que ha quedado en nuestras cruces, a modo de profecía, durante dos mil años, hasta que se realice: JESÚS NAZARENO, REY DE LOS JUDÍOS (INRI).

3º Las bodas de Caná.

La tercera manifestación esplendorosa de Cristo, con la que comienza su vida pública, es el milagro realizado por Nuestro Señor, a pedido de su Madre, en Caná de Galilea. En estas bodas místicas, en las que Cristo se une primeramente a las almas fieles de Israel, e invita luego a las almas dóciles de la gentilidad, se realiza el mayor de los milagros, por la intervención, claro está, de la Santísima Virgen: el agua, esto es, nuestra pobre naturaleza caída, desparramada, inutilizada, es convertida por Nuestro Señor en vino, esto es, en una nueva criatura, excelentísima como el vino lo es respecto del agua, y digna de ser presentada ante el acatamiento de su Padre celestial.

Sí, ese es el poder de la gracia que Cristo ofrece, en estas bodas místicas, a todos los que dócilmente acuden a ellas: la transformación de toda su vida, de toda su actividad, en una vida y actividad divinas. Todo en el hombre queda transformado por la gracia: su vida privada, su vida familiar, su vida social; su religión, su política, su economía, su educación, sus costumbres, sus leyes. Eso es lo que los misioneros veían claramente en los países de misión, por el contraste marcado con lo que eran antes esos pueblos, y a lo que tal vez nosotros, demasiado acostumbrados a siglos de costumbres cristianas, casi no solemos prestar atención.